

otra tarde en la Biblia, la historia de un viejo patriarca conformado siempre á soportar, baja la mirada, las violentas embestidas del infortunio. . . .

—A mí? Se me ocurren tantas cosas!

—A ver, una.

Una? Que de fijo aquel Job, el viejo Patriarca de tu historia, nunca fué cantero, que á haber sabido de minar pedrones no habría cerrado los ojos ante aquel séquito de calamidades que ya él parecía esperar. Te diré más, juzgo criminal aquel poder celeste que alienta la inacción premiando la del viejo patriarca con tantos y más bienes de los que éste poseyera antes de ser un miserable.

—Palabra de honor que por ahí iba yo también: no sé por qué diablos me asustó pensar así.

—Pues qué, llegaste á suponer acaso que una piedra estaría hecha jirones sin mediar antes un rudo esfuerzo? Además, pienso que ese rebaño inmenso de pobres conciencias que gime retenido por los garfios de la miseria al poste del dolor, es otro Job, el gran Job que no pone ningún esfuerzo para romper la fatal cadena, en la esperan-

za, cobarde, de hallar en un problemático futuro recompensa á su ruin resignación. La fábula esa de que hablas es, á qué dudarlo, uno de tantos narcóticos vertidos sobre la voluntad con el propósito de anular sus manifestaciones; fatales narcóticos que mantienen muerto ese mar de oprimidos que hacen la jornada de la vida sin mirar jamás el cielo sino es para añadir un eslabón á la cadena que habrán de legar á sus hijos. Mas, el día en que la voluntad despierte, cuando ese mar se agite y ruja, ya no una roca, qué digo, toda una construcción, todo un edificio habrá de vacilar y, entonces, entonces ya no habrá fábulas como aquella que leímos la otra tarde.

Un soberbio barrazo caía al pie de uno de los gajos de granito al tiempo en que la última palabra del domador de rocas descansaba en la conciencia de su compañero.

A poco rato los trozos de piedra yacían del todo distanciados, dos de ellos en manos de los cinceladores empeñados en vencer la labor bajo aquel flamante y espléndido sol.

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

La guerra es un negocio

Los pueblos antiguos se batían porque sus soberanos estaban divididos sobre cuestiones de herencia; los modernos se baten por conquistar mercados. Las apariencias cambian con las épocas, pero los móviles son idénticos: siempre se trata de enriquecerse empobreciendo á otros.

Pero se dirá: eso será verdad respecto de los autores ó promovedores de la guerra, pero no para los que la hacen. Véamoslo: En efecto, suele celebrarse pomposamente el desinterés del soldado, ese mártir que se bate y muere por puras ideas de honor ó de gloria; pero ved lo que dice el héroe de Homero:—«Por mi lanza soy rey, por

ella siembro y recojo».—¿Qué es eso sino declarar que el «oficio de Marte» es para él un oficio productivo? Más cerca de nuestro tiempo, Bonaparte, al lanzar sus soldados hambrientos y andrajosos sobre Italia, evoca ante sus ojos deslumbrados las fértiles llanuras de Lombardía, los calcetines llenos de escudos, los graneros y los toneles bien llenos, y añade:—«¡Soldados, adelante!». Proclamado emperador no paga sólo con la gloria á sus mariscales ni con títulos nobiliarios, sino que agrega algo más substancioso, les da escrituras de propiedad. Pero no hay que ir tan lejos: el Parlamento inglés votó una dotación nacional de dos mi-